
Ideas fijas

Con *Ideas fijas* de Hortensia Moreno (Planeta, 1997) estamos frente a una típica novela de iniciación, de esas que tanto les gustaban a los alemanes del siglo XIX o a algunos mexicanos de este siglo como José Agustín y José Emilio Pacheco. Y la iniciación no se refiere al autor, ya que no es la primera novela de esta escritora, sino al personaje: se trata de una historia en la que un ser humano pasa a convertirse precisamente en eso, en un ser humano. Moreno nos hace la trampa de querernos hacer creer que el personaje central de la novela es un hombre, sólo por el hecho de que el narrador en primera persona es de este género como se le dice ahora, pero en realidad, se trata de una visión del mundo según la cual las mujeres manejan la vida, deciden y controlan la de los demás. Y por supuesto echan todo a perder. Si se van o nos corren, si se casan o nos enamoran, si tienen un hijo o nos hacen el amor, con las mujeres uno nunca sabe y lo ideal sería un mundo sin ellas. Este es el mensaje de la novela *Ideas fijas*, si lo ha de saber el bueno de Pablito Martínez su personaje.

En Hortensia Moreno llaman la atención su mundo y sus obsesio-

nes: las relaciones, siempre las relaciones. Y siempre atravesadas que por la desconfianza, que por el deseo de la entrega total y para la eternidad, que por el hartazgo. Estamos en los ambientes clasemedieros que le gustan a esta autora y que tan bien conoce, en donde la gente tiene su casita, su negocito, sus sueños, su vidita. Moreno escoge confrontar ese mundo cerrado y tradicional con el de alguien que quiere ser un poco diferente y que cree que lo es sólo porque le gusta leer novelas, porque decide ir a la universidad a estudiar, porque detesta a la familia y a sus rituales, porque tiene su punto de vista muy particular (y muy novelesco) sobre las relaciones humanas y porque elige escribir como la gran aventura de la vida. Y nada más.

Aunque al final resulte que los conflictos se diluyen y nunca pasa nada, que todo lo que sucedió termina y ya, que parecía que el mundo se iba a caer pero no se cayó y la vida sigue como si tal cosa, todo vuelve a su cauce, las aventuras y los intentos están sólo en la cabeza de los protagonistas o en la voluntad de la autora. El mundo fluye diría nuestra Yourcenar. La vida les sucede a las personas sin que ellas tengan mucho que ver en el asunto y los sueños se van sacrificando sin siquiera darse cuenta.

Pero lo principal de la escritura de Hortensia Moreno, menos que

estas tramas y menos que estas ideas fijas, es su modo de escribir. Ese modo de contar las historias, de hablar, de dejar que todo se deslice como si fuera lo más sencillo del mundo, como si seleccionar y poner las palabras sobre el papel no fuera el más brutal de los trabajos, el más terrible de los esfuerzos.

La escritura de Moreno es cuidadísima, trabajadísima y todo para parecer sencilla y fácil. Cuenta los momentos cotidianos de la vida sin ningún fuego destructor ni pasión exacerbada. Sólo así, cotidianos, simplísimos, absolutamente normales.

Lo más llamativo es un ritmo tan vital, su creación de atmósferas, su lenguaje, que de tan bien hechos podrían ser los de todos los días y los de cualquiera de nosotros. La

lectura se convierte en un placer y nosotros queremos leer más.

En las últimas dos páginas del libro Hortensia Morteno lanza su credo: afirma que es escritora por elección y destino, que escribe-describe al mundo porque no lo soporta y así puede construir otros mundos paralelos –que por cierto, parecen idénticos a los reales– y puede asombrarse ella misma del resultado. Moreno no nos deja cerrar su texto sin afirmar su convencimiento de que la mejor forma de vivir es escribiendo pues sólo así la vida es soportable.

Sara Sefchovich

Hortensia Moreno, *Ideas Fijas*, Joaquín Mortiz, México, 1997, 277 pp.